



*Ana en mayo de 1942.*

# El *Diario* de Ana Frank

## (Entre la esperanza y el terror)\*

DIETER OELKER\*\*

La crítica olvida muy a menudo que detrás de la obra están una vida, un destino, un hombre que respira.

THOMAS MANN

*Hacia la media mañana del 4 de agosto de 1944 irrumpe un piquete de policías al mando de un sargento mayor de la SS<sup>1</sup> en el escondite de los Frank y de sus acompañantes en Amsterdam. Los residentes son judíos que se ocultan para escapar de la muerte que los amenaza en los países ocupados por la Alemania nacionalsocialista durante la Segunda Guerra Mundial.*

*Los agentes revisan las dependencias, les ordenan a los moradores reunir sus efectos personales, y los llevan al cuartel de la Gestapo<sup>2</sup>. Para guardar el dinero y los objetos de valor que requisan, toman un portafolio, y arrojan su contenido al piso. Los cuadernos, fichas y papeles de Ana, la hija menor de los Frank, se confunden con las otras pertenencias dispersas en el suelo.*

*Dos de los cuatro ayudantes de los escondidos –los otros dos también son arrestados– vuelven al refugio en la tarde del mismo día. Entre los papeles botados y desparramados encuentran el *Diario* de Ana, que guardan para devolvérselo, junto con sus otros escritos, después de la guerra que estaba por terminar.*

*Pero sólo uno de los ocho refugiados, el padre de Ana y Margot, regresa de los campos de concentración.*

\*Los derechos sobre las fotografías incluidas en el presente trabajo pertenecen a la Anne Frank Stichting, Amsterdam. Agradecemos que haya autorizado su reproducción.

\*\*DIETER OELKER: Profesor de Teoría Literaria de la Universidad de Concepción.

<sup>1</sup>Sigla proveniente del alemán *SchutzStaffel*, escalón de seguridad.

<sup>2</sup>Sigla proveniente del alemán *GEheime STAatsPOLizei*, policía secreta del estado.

## PROLOGO

Otto Frank, el único sobreviviente del grupo, pertenece a una de las muchas familias judías en Alemania que, por razones históricas, familiares y culturales, se sienten estrechamente ligadas a ese país. Ellos han vivido desde hace siglos en los diversos estados alemanes, en los cuales desarrollaron, a pesar de discriminaciones y violencias, un profundo sentido de arraigo, pertenencia y afecto patrio. Y si bien muchos se esfuerzan por conservar sus usos, costumbres y su fe religiosa, no por eso dejan de identificarse con Alemania, con su idioma, paisaje, ambiente y tradición cultural.

Estas tendencias que van configurando la realidad alemana se intensifican con la complicada, primero lenta y después cada vez más rápida emancipación e integración de los judíos a la sociedad burguesa de Europa Occidental. Sin embargo, como esos nuevos procesos se fundamentan en la aplicación del *principio de igualdad*, se exige de los judíos adaptarse, en sus prácticas religiosas, idiomáticas y culturales, a los requerimientos de sus respectivos entornos. Hay disposición para aceptarlos e integrarlos, aunque sólo a condición de que desperfilen y, en última instancia, cuando *renuncien a su modo de ser*.

Esta obligación, aunque inicialmente combatida, termina por ser aceptada por muchas familias judías, entre las que también se encuentran los Frank. Ellos han vivido en Francfort del Meno desde fines del siglo XVII, y su liberalismo religioso y participación en el ambiente cultural cosmopolita de esa ciudad les permite encontrar en Alemania su patria espiritual. Es por eso que no escatiman esfuerzos para vencer las barreras que el prejuicio antijudío sigue levantando en el país.

Este proceso, del cual participa un número significativo de los algo más de 500.000 judíos radicados en Alemania (que entonces cuenta con unos 65 millones de habitantes), se ve violentamente interrumpido en 1933. Es el año en que Adolfo Hitler se convierte en el Canciller de la República de Weimar, y logra apoderarse, en el transcurso de apenas unos meses, tanto legal como violentamente, del poder total.

En el último tercio del siglo XIX comienza a transformarse el tradicional antijudaísmo de raíz cultural y cristiana en el moderno antisemitismo de origen racial. Los principios fundamentales en que se sustenta este último son, primero, que la diferencia entre las razas debe plantearse en términos jerárquicos y de cualidad y, segundo, que las razas triunfan en los procesos



históricos cuando logran conservar su pureza y limpidez. Consecuentemente, se comienza a postular la existencia de razas superiores e inferiores, cuyos integrantes están sujetos por *naturaleza* a tal condición. El resultado de estos planteamientos es la adopción de una actitud cada vez más agresiva hacia los judíos, a quienes se exige excluir de los territorios pertenecientes a la *raza aria* para evitar toda 'convivencia contaminante' con su *enemigo semita*. Mientras que el antijudaísmo admite que el judío puede renunciar a su diferencia valiéndose del bautismo y la educación, el antisemitismo asegura que le está definitivamente vedado liberarse de su modo de ser, arbitrariamente denostado como parasitario y carente de todo valor.

El otro factor importante para la transformación del antijudaísmo es su fusión con ciertos planteamientos provenientes de la teoría sobre el desarrollo de las especies y su aplicación a los procesos políticos y sociales de un país. Entre las consecuencias destacan, primero, la impugnación del postulado humanista de la solidaridad con el más débil, porque obstaculiza el espontáneo desarrollo de la selección natural y, segundo, la aceptación del principio según el cual el valor del hombre proviene exclusivamente de su raza y no de su cultura, sensibilidad y saber.

El proyecto político desarrollado a partir de estos supuestos busca purificar y consolidar a la sociedad en su conformación racial. Para ello disciplina a los individuos en dicho propósito, y hostiliza a quienes pertenecen a razas consideradas inferiores. La meta es eliminarlos de la comunidad en un proyecto que termina movilizandolos su agresividad hacia otros estados despreciados por su conformación racial.

La adhesión que encuentra Hitler y el nacionalsocialismo en importantes sectores de Alemania también se puede explicar como una protesta contra la República de Weimar. Se estima que esta forma de gobierno representativo y democrático, que reemplaza a la monarquía después de la Primera Guerra Mundial, no ha sabido darle estabilidad al país. Por doquier prolifera el *resentimiento*, tanto de los que perdieron su posición respetable, como de quienes no logran ocupar el lugar al que piensan tener derecho en la sociedad. Con indignación se sostiene que la República de Weimar ha sido incapaz de manejar adecuadamente la crisis social y política en Alemania después de su derrota, que es responsable del humillante tratado de paz de Versalles, y que vuelve a demostrar su insensibilidad e incompetencia ante el impacto que produce en amplios sectores la crisis económica mundial de 1929.





"Anne Frank Huis"voor de restauratie

*La casa de Prinsengracht 263, antes de su restauración.*





*Acceso camuflado al anexo.*

Adolfo Hitler y el nacionalsocialismo representan una variante particularmente virulenta, radical y perversa del antisemitismo europeo. Cuando llegan al poder en Alemania, responden al rechazo de la República de Weimar con la creación de un estado racista y gobierno totalitario. En respuesta y para corregir los males que aquejan al país, imponen medidas que buscan fortalecer a la propia raza y eliminar a los judíos, a quienes acusan de ser una permanente amenaza para los alemanes, porque supuestamente les envidian su calidad racial superior.

Los nacionalsocialistas no dudan en responsabilizar a los judíos de todas las desgracias sufridas por Alemania, país en el cual, sostienen, se han enquistado para llevar una vida a expensas, disolvente para la raza y la sociedad. Hitler y sus seguidores fundamentan estos desvaríos en la, por lo demás, natural presencia judía en todos los ámbitos sociales, capitalista, financiero, intelectual, comerciante, revolucionario, universitario o profesional. Los nacionalsocialistas siembran la sospecha de que ellos pudieran estar conspirando contra el estado y la sociedad, pero igualmente denuncian, en la mácula de su abierta adhesión a la República de Weimar, la relación entre los judíos y el poder.

Mientras arrecia el antisemitismo en Alemania, permanentemente azuzado por la propaganda y el terror, toma Otto Frank la decisión de abandonar el país. El ambiente de discriminación, violencia y difamación moral que se crea en torno a los judíos le basta para imaginar lo que pudiera suceder en los años venideros. Emigra a Holanda, donde tiene algún contacto comercial, y se instala en febrero de 1934 con los suyos en Amsterdam. La familia —su señora Edith y las hijas Margot y Ana, esta última nacida en Francfort el 12 de junio de 1929— logra adaptarse bien a la nueva vida. Cuando Hitler desencadena la Segunda Guerra Mundial, y Alemania invade a Holanda en mayo de 1940, la situación de los Frank se había consolidado e incluso se desarrollaba con prosperidad.

Las medidas antisemitas de corte administrativo y la represión de los judíos por medio de la violencia y el terror, comienzan apenas dos meses después de iniciada la ocupación. A partir de entonces, la situación se vuelve cada vez más amenazante: el 29 de abril de 1942 se les obliga a los judíos portar una estrella amarilla sobre el pecho izquierdo de su vestimenta, se intensifican las redadas y las capturas, y se empieza con su deportación hacia los campos de exterminio.

Ante estos hechos y habiendo sufrido ya el aniquilamiento jurídico y



social, decide Otto Frank esconderse con los suyos en algún lugar de la ciudad. Elige para tal propósito el anexo de la casa en que funciona su agencia comercial, ahora cedida a sus colaboradores holandeses. Ellos –Elisabeth (Bep) Voskuijl, Johannes Kleiman, Victor Kugler y Miep Gies– prometen apoyar a la familia y a sus acompañantes mientras tengan que permanecer ocultos. Otto Frank comienza en los primeros meses de 1942 con el acondicionamiento del escondite y cuando su hija Margot recibe una citación de la SS para ser trasladada a un campo de trabajo en Alemania, fija el inicio de la vida clandestina de su familia para el 6 de julio de 1942. Algunos días después se reúnen con ellos los van Pels –Herman, Auguste y su hijo Peter– y en noviembre de ese mismo año, el dentista Dr. Fritz Pfeffer<sup>3</sup>.

## EL DIARIO DE ANA FRANK<sup>4</sup>

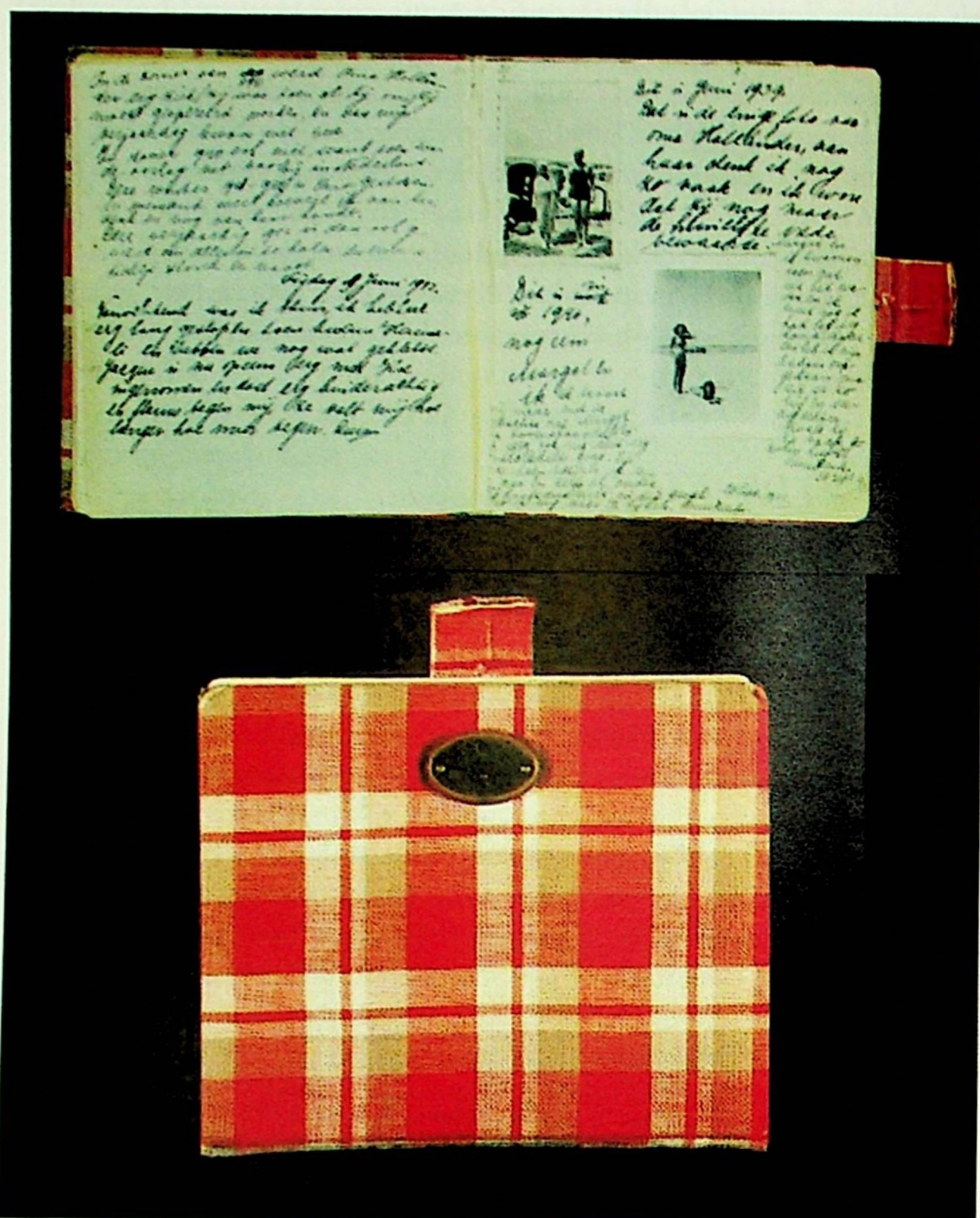
### *Las versiones*

Ana recibe el *Diario* para su décimo tercer cumpleaños, el 12 de junio de 1942. Tres semanas después se oculta la familia Frank en el edificio de la calle Prinsengracht 263 de Amsterdam. Entre las pertenencias que lleva Ana al escondite se encuentra el *Diario*, hecho que ella valora en su anotación del 28 de septiembre de 1942 cuando escribe que “estoy tan contenta de haberte traído”, y que “he tenido un gran apoyo en ti” (a 215).

El texto actual del *Diario* es el resultado de dos procesos de complementación y refundición. En cuanto al primero, hay que recordar que existen dos versiones del *Diario* escritas por la propia Ana. La primera abarca los períodos desde el 12 de junio de 1942 hasta el 5 de diciembre del mismo año,

<sup>3</sup>Con miras a la publicación de su *Diario* inventa Ana seudónimos, tanto para los aquí nombrados ocupantes del escondite, como para los antes mencionados ayudantes. Estas denominaciones aparecen en las diversas ediciones del *Diario*, y se aplican a todos, salvo a Peter, la familia Frank y a Miep. Es así como los van Pels pasan a ser *van Daan*, Fritz Pfeffer, *Albert Dussel*, y de los ayudantes, Elisabeth (Bep) Veskuijl, pasa a llamarse *Elly*, Johannes Kleimann, *Koophius*, Victor Kugler, *Kraler*, y el marido de Miep, Jan Gies, recibe el nombre de *Henk*.

<sup>4</sup>Citamos según la edición crítica del *Diario*, *Die Tagebücher der Anne Frank*. Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1993. Sólo nos valemos de los textos escritos por Ana, que aparecen identificados por las letras *a* y *b*, respectivamente correspondientes a la primera y segunda versión. La traducción de las referencias es de responsabilidad del autor.



El primer Diario de Ana, que le regalaron sus padres el 12 de junio de 1942, al cumplir los 13 años.



y del 22 de diciembre de 1943 hasta el 1 de agosto del año siguiente. El vacío entre ambas fechas, debido a la pérdida de los cuadernos correspondientes a ese período, se suple con la segunda versión que Ana comienza a escribir con el claro propósito de su publicación. Efectivamente, ella registra el 29 de marzo de 1944 el anuncio radial del Gobierno holandés exiliado en Londres, que después de la guerra se publicará una colección de diarios y cartas para complementar vivencialmente la historia de los acontecimientos registrada en la documentación oficial<sup>5</sup>. Ana hace suyo este propósito, cuando anuncia el 11 de mayo de 1944 que “después de la guerra quiero publicar de todas maneras un libro titulado *El anexo*. No sé si resultará, pero mi *Diario* me servirá para ello” (a 735).

Es muy posible que Ana inicia a partir de esta determinación la revisión y nueva redacción de su *Diario*, y que multiplica sus relatos sobre los acontecimientos vividos en el escondite. De hecho anota el 20 de mayo de 1944 que “finalmente, después de muchas reflexiones, he comenzado con mi *Anexo*. En mi cabeza ya está listo en la medida que puede estarlo. Pero en la realidad será mucho menos rápido, si es que alguna vez llego a terminarlo” (a 742). Esta segunda versión del *Diario* y los cuentos que ella fechaba en el momento de su composición, abarcan el período desde el 12 de junio de 1942 hasta el 29 de marzo de 1944, e incluyen, en consecuencia, el lapso de tiempo no cubierto por la primera versión.

La primera publicación del *Diario* se realiza bajo la responsabilidad de Otto Frank en el verano de 1947. El refunde las versiones dejadas por Ana, y excluye de ellas toda observación que pudiera ser ofensiva para la memoria de quienes habían vivido en el escondite. Mirjam Pressler revisa años más tarde esta versión del *Diario*, y publica en 1988 la versión definitiva del texto, autorizada por la Fundación Ana Frank de Basilea, Suiza.

Ana quiere encontrar en el *Diario* a la amiga íntima y confidente que

<sup>5</sup>El ministro Bolkestein señalaba entonces que “la historia no sólo puede ser escrita basándose en la documentación oficial y los expedientes reunidos en los archivos. Si se desea que la próxima generación comprenda plena y cabalmente lo que hemos padecido como pueblo en todos estos años, entonces necesitamos valernos justamente de los escritos sencillos —un diario de vida, las cartas de un trabajador enviadas desde Alemania, el discurso de un pastor o de un sacerdote. Sólo cuando reunamos estos materiales cotidianos y simples en una cantidad imponente, sólo entonces podrá ser posible pintar el cuadro de esta lucha por la libertad en todo su brillo y profundidad”. (Frank 1993: 67).



siempre había querido tener y que, como nunca antes, echa de menos en el escondite. Este propósito ya lo anuncia en su primera anotación del 12 de junio de 1942, cuando escribe: “Espero poder confiártelo todo, como hasta ahora no he podido hacerlo con nadie” (*a* 215), y lo ratifica en la primera anotación de su segunda versión: “Ahora he llegado al punto en el cual se inició esta idea de llevar un diario: no tengo amiga”. (...) “Con ninguno de mis conocidos puedo hacer otra cosa que divertirme, puedo hablar con ellos de cosas cotidianas, pero nunca logro algún grado de intimidad” (*b* 220 y 221: 20 de junio de 1942).

Observamos que, conforme a este propósito de Ana, evolucionan tanto los asuntos narrados como el receptor de sus notas. En cuanto a esto último constatamos que en la versión *a* es el propio *Diario* el interlocutor de Ana, tratado impersonalmente o de manera afectiva e íntima. Pero más adelante se transforman las anotaciones en cartas, porque, según enfatiza, “tengo tanto deseo de escribirme con alguien, y eso lo haré en el futuro con mi diario. A partir de ahora escribo en forma de cartas, lo que finalmente lleva a lo mismo” (*a* 279: 21 de septiembre de 1942). Ella primero dirige su correspondencia ficticia a los miembros de un club, seguramente en reminiscencia del club de tenis de mesa que había formado con sus amigas mientras permanecía en libertad, pero que ahora aparece integrado por los personajes del ciclo novelesco de Cissy van Marxfeldt<sup>6</sup>. Sin embargo, más tarde sólo se dirige a *una* de las integrantes de este club ficticio, a Kitty Franken<sup>7</sup>, que en la versión *b* del *Diario* es, definitivamente, la única destinataria de sus cartas. Por otra parte se observa, en lo que se refiere a los asuntos y temas tratados, cómo el registro de los acontecimientos que conforman la vida diaria en el anexo, su comentario crítico y la evocación de sus protagonistas, va cediendo a un sostenido proceso de autoanálisis y de reflexión: “En el último tiempo no he tenido deseo de anotar lo que sucede aquí. Mucho más me preocupan mis propios asuntos (*a* 600: 10 de marzo de 1944).

<sup>6</sup>Cissy Marxfeldt (1893-1948) es autora de la novela *Joop ter Heul*. Esta obra, destinada a adolescentes, relata en cuatro tomos la historia de un grupo de jovencitas, desde sus años de escuela hasta los inicios de su vida matrimonial.

<sup>7</sup>Repárese en que *Franken* es el patronímico de *Frank*, hecho que bien podría explicar la preferencia de Ana por Kitty y su elección. “Ayer le escribí a Emmy y Jettje”, le dice, “pero

## ANA BUSCA SU IDENTIDAD

En su *Diario* nos relata Ana tres historias estrechamente relacionadas entre sí: En función de la *historia privada* de los refugiados en el escondite, narra la *historia pública* de la ocupación de Holanda y los progresos de la lucha aliada contra Alemania, y nos relata su propia *historia íntima*, articulada en la reflexión sobre sí misma, desgarrada por la esperanza y el terror. La *historia privada* aparece determinada por el anhelo de los escondidos de *sobrevivir*, cuyo cumplimiento depende de la *historia pública* definida por los esfuerzos aliados de *ganar la guerra*. Por su parte, la *historia íntima* de Ana se desarrolla entre la ferviente participación afectiva de esos propósitos y la vehemente *búsqueda de su identidad*.

Con razón se ha señalado<sup>8</sup> que el autor de un diario de vida persigue, fundamentalmente, el objetivo de hallarse a sí mismo, esto es, de constituirse en el devenir de su única e inconfundible manera de ser. Es por eso que puede considerarse el *Diario* de Ana como el *relato de una crisis* que recoge, junto con las amenazas provenientes de su entorno, la inseguridad que la afecta en su propio yo. Ana busca superar esta precariedad a través del proceso autorreflexivo de un diálogo interiorizado: “Justamente, porque nunca puedo conversar sobre mí con alguien”, escribe el 6 de enero de 1944, “hablo conmigo misma de mí” (a 508), lo cual también explica la especial estructura de sus escritos, en cuanto relación conversacional con el propio *Diario* y la concepción de la figura ficticia de un receptor de correspondencia íntima. El proceso de redactar el *Diario* le proporciona, por una parte, alivio: “Cuando escribo me libero de todo. Mi aflicción desaparece, y mi valor renace” (a 670), y, por otra, le entrega un medio para conformar su identidad: “Al escribir puedo fijar todo, mis pensamientos, ideales y fantasías” (a 670: 5 de abril de 1944). Ana se vale de la escritura para encontrarse a sí misma, para impulsar el desarrollo de su personalidad ética, afectiva e intelectual.

---

encuentro mucho más hermoso escribirte a ti, eso tú lo sabes, y espero que sea recíproco” (a 282: 22 de septiembre de 1942). Sin embargo, también es posible que este nombre remita a una de sus amigas preferidas de la Escuela Montessori de Amsterdam.

<sup>8</sup>Véase, por ejemplo, el importante estudio de Jurgensen, 1979.

De ahí que las antes mencionadas *historias, privada y pública*, sean para ella tan sólo las facetas de su *historia externa*, condicionantes, pero significativamente diferentes de la *historia de su intimidad*. Al respecto basta tener presente su última anotación en el *Diario*, en la cual le recuerda a Kitty que “te he contado a menudo que mi alma está, por así decirlo, escindida en dos. Una parte alberga (...) mi inclinación a tomarlo todo a la ligera (...). Esta parte está siempre al acecho, deteniendo a la otra, que es más hermosa, más pura y más profunda” (a 789: 1 de agosto de 1944). No obstante, la historia de ambas almas de Ana terminan complementándose como los aspectos social e individual de un proceso único, *historia de búsqueda, constitución y encuentro de su identidad*: “Adquirí conciencia de mí misma”, le escribe el 5 de mayo de 1944 a su padre, cierta de que así puede expresarse mejor, y agrega: “Soy física –y espiritualmente– independiente” y “con respecto a mis actos me siento responsable ante mí misma” (a 715).

El *Diario* de Ana es, en la sucesión de las cartas a Kitty, la realización de esta actividad de autoconocimiento y formación. Paso a paso, pasando por hondonadas de sufrimiento, avanza en su transformación que asume conscientemente como un acto de voluntad. “A menudo necesito consuelo; muy a menudo me faltan fuerzas”, anota el 7 de noviembre de 1942, y continúa: “Tengo mis ideales, ideas y proyectos, aunque todavía no puedo expresarlos”, pero “pase lo que pase, me mantendré firme, recorreré mi camino y me tragaré las lágrimas” (a 350). Ana progresa, primero erráticamente, y después con cada vez mayor seguridad en este proceso que se actualiza a través de la escritura del *Diario*, y que le permite devenir joven, mujer, judía, escritora e intelectual.

La transformación afecta a Ana tanto en lo psíquico como en lo corporal. En cuanto a esto último observa que “al mirarme en el espejo, me he visto completamente cambiada. Veo a mis ojos claros y profundos, mis mejillas sonrosadas (...); mi boca también parece más suave. Me veo dichosa y, sin embargo, hay cierta tristeza en mi expresión” (a 518: 7 de enero de 1944). En el ámbito emocional, por su parte, desarrolla un intenso deseo de comprensión y afecto, que la lleva a constatar que a los jóvenes “sólo [nos] puede ayudar un amor profundo y abnegado”, pero que no pueden ofrecer los adultos, “porque [nosotros] somos infinitamente más sensibles y estamos más avanzados en nuestras ideas que ellos” (a 580: 2 de marzo de 1944). No obstante, también descubre que posee una naturaleza fuerte y dichosa, de lo cual da testimonio cuando anota que “tengo un extraordinario valor



para vivir, siempre me siento muy fuerte y capaz de resistir a cualquier embate" (a 782: 15 de julio de 1944). Intellectualmente se afirma Ana en su propósito de ser periodista y de dedicarse a escribir: "Sé que puedo escribir, algunos de mis cuentos son buenos, mis descripciones del anexo, ingeniosas, mucho de mi *Diario* es elocuente, pero... si realmente tengo talento aún está por saberse". Y continúa: "Aquí, yo soy mi único crítico y el más exigente. Yo sé lo que está bien y lo que está mal escrito. Nadie que no escriba sabe lo maravilloso que es escribir" (a 669: 5 de abril de 1944). Ana desea ir un año a París y otro a Londres para aprender idiomas y estudiar historia del arte; ella piensa en conocer personas interesantes, lucir ropas hermosas y viajar por el mundo.

En este desarrollo, a través del cual va trazando Ana en perfiles su identidad, también adquiere conciencia de su condición judía. Este último proceso se inicia con el repudio de su origen alemán, obviamente motivado por la barbarie nacionalsocialista. Es así como anota el 9 de octubre de 1942: "Un bonito pueblo son estos alemanes y pensar que, bien mirado, formo parte de él. Pero no. Hace tiempo que Hitler nos transformó en apátridas. No hay mayor enemistad en el mundo que entre los alemanes y los judíos" (b 324). Sin embargo, ella no se queda detenida en este sentimiento de rechazo, sino que avanza hacia la plena aceptación de su judaísmo, porque "tal vez sea nuestra fe la que algún día le enseñe el bien al mundo y a los pueblos, y que solamente por eso debamos sufrir" (a 683: 9 de abril de 1944). Ella sabe que jamás podrá ser tan sólo holandesa, aunque lo desee intensamente, sino que siempre seguirá siendo judía: "Siempre seremos judíos", anota, "pero también queremos seguir siéndolo" (a 683).

Ana observa críticamente y aprueba este proceso del cual surge su identidad: "Estoy cambiada, en lo más profundo, completa y totalmente. Mis opiniones, concepciones, mirada crítica, lo exterior y lo interior, todo ha cambiado y puedo decir para bien, porque es la verdad" (a 648: 25 de marzo de 1944). Esta nueva condición de Ana también explica que ella observe una creciente independencia de sus padres, que descubra el valor inherente a su juventud y que asuma en plena conciencia su condición de mujer: "Sé que soy una mujer, una mujer con fuerza interior y mucho valor" (a 684: 11 de abril de 1944). Sin embargo, de igual modo hay que tener presente que esta transformación, cuyas etapas quedan registradas en el *Diario* -"Este *Diario* tiene valor para mí", escribe, "porque se ha transformado en un libro de memorias, pero muchas páginas podría roturarlas

como *pasó*" (a 504: 2 de enero de 1944)—, atraviesa, una y otra vez, por crisis de tremenda intensidad. Pero Ana triunfa gracias a su natural optimismo y juventud: "No soy rica, no soy hermosa, no soy inteligente ni avisada, pero soy y seré feliz. Tengo una naturaleza alegre, amo a los seres humanos, no soy desconfiada, y quiero ver junto a mí a todo el mundo feliz" (a 650: 25 de marzo de 1944)

## LA ESTRUCTURA VALORICA

Especial relevancia tiene para Ana en esta búsqueda de su identidad el hallazgo de los *valores* que puedan orientar y darle sentido a su quehacer. Al respecto proponemos que son los valores los que aportan los criterios que informan nuestra conducta y nos permiten tomar decisiones en la acción<sup>9</sup>. Estimamos que estos referentes cualitativos se van definiendo para Ana desde la relación que establece con los otros, lejanos y próximos, y consigo misma, en el contexto de la *situación límite* a que se halla expuesta.

Con razón se ha señalado<sup>10</sup> que una realidad se constituye para quien la vive en una *situación extrema* o *límite*, cuando ésta se escapa de su control. Ello sucede en todas aquellas circunstancias en que se manifiesta con máxima intensidad la estructura antitética y conformación laberíntica de la existencia. El hombre se siente entonces atrapado en la insalvable contradicción entre *vida* y *muerte*, *capitulación* y *resistencia*, *culpa* e *inocencia*, *azar* y *fatalidad*, sin saber cómo superar estos dilemas con que lo enfrenta cada momento de su vida. El hecho que el hombre experimente la situación extrema como inextricable le provoca grandes sufrimientos y una muy fuerte sensación de dolor.

No puede haber duda de que las condiciones de vida en el escondite son experimentadas por los refugiados como las propias de una situación extrema o límite. Especial relevancia tiene en ello la *permanente amenaza de muerte* —"pero en muchos más días tenemos miedo", escribe Ana el 26 de mayo de 1944 (a 749)— sea por el peligro de ser descubiertos, apresados y

<sup>9</sup>Véase Frondizi, 1995 y Korthals-Altes, 1986.

<sup>10</sup>Véase las reflexiones sobre Jaspers, 1960 en Pizskalski, 1980.

deportados, sea por el riesgo de transformarse en víctimas de uno de los muchos ataques aéreos a Amsterdam, contra los cuales no pueden protegerse.

Sabemos que Ana percibe la vida en el escondite como en *extremo peligrosa*, que requiere de una permanente *disposición a la resistencia*. No obstante, se le plantea su situación, a la luz de la suerte que están corriendo los otros judíos, en términos de una aguda *sensación de culpabilidad*: “Ayer, por entre las cortinas, (...) vi pasar a dos judíos. Fue una sensación extraña como si hubiera traicionado a esa gente y ahora estuviera espiando su desgracia” (*b* 381: 12 de diciembre de 1942). Sin embargo, de la misma manera está muy consciente de que ellos, más allá de todos sus esfuerzos por salvarse y sobrevivir, están *sujetos a la suerte*, de que, finalmente, dependen de la contingencia y el azar.

Los refugiados viven durante dos años y 30 días en el anexo de la Prinsengracht, en aislamiento y hacinación. “Me siento”, escribe el 29 de octubre de 1943, “como el pájaro cantor al que le han arrancado las alas y que, en la oscuridad, se golpea contra los barrotes de su jaula estrecha” (*a* 475). Ella siente terror: “Las tinieblas y el peligro se estrechan a nuestro alrededor”, anota el 8 de noviembre de 1943 (*a* 481), y el 15 de julio de 1944, “escucho cada vez más fuerte el retumbar del trueno que se acerca, y que nos va a matar (*a* 786). No obstante, cuando ya está por desfallecer, vuelve a esforzarse y a demostrar su valor, consciente de que “hay que permanecer tranquilos y resistir” (*a* 757: 6 de junio de 1944).

Ana reacciona ante los diversos componentes de la situación límite en que se encuentra, desarrollando una cada vez más intensa *actividad*. Enfrentada a la disyunción de *vivir* o *morir*, opta por *resistir para sobrevivir* y realizar, de esta manera, su propósito de *servir al otro*: “Yo no quiero haber vivido para nada como le sucede a la mayoría de las personas. Yo quiero ser de provecho y alegría para quienes viven a mi alrededor que aún no me conocen. Yo quiero seguir viviendo aun después de mi muerte” (*a* 650: 25 de marzo de 1944). Porque sólo mediante la contribución a la felicidad de los demás, piensa que podrá expiar la culpa que siente cuando compara su vida con la de quienes se hallan expuestos a la bestialidad nacionalsocialista y a los horrores de la guerra. Y ello explica también que no se entregue jamás a la fatalidad, sino que enfrente a la situación límite con la clara y decidida voluntad de sobrevivir: “Pero, Kitty, como ves, aún estoy viva, que es lo más importante, como dice papá” (*b* 248: 8 de julio de 1942).



Una y otra vez se sobrepone Ana a sus sufrimientos mediante la *escritura*: el esfuerzo por reflexionar sobre sí misma en búsqueda de su condición e identidad, por conocer el mundo a través del estudio y de la lectura, el esfuerzo por precisar sus pensamientos, por anotar sus experiencias y plasmar sus anhelos en su *Diario* y en sus relatos, y el esfuerzo por encontrar apoyo en la oración. Los referentes valóricos que ella concibe desde la situación extrema y que la orientan en su quehacer, son la *esperanza* (y no la desesperanza), la *reflexión* y el *análisis* (y no la indiferencia), la *tenacidad* (y no la desidia), la *valentía* (y no la debilidad), la *resistencia* (y no la capitulación). Igualmente, surgen de esta experiencia límite los valores de la *confianza*, *solidaridad*, *comprensión* y *amor*, porque, como anota el 15 de julio de 1944 (a 786), “pese a todo, creo en la bondad innata del hombre. Soy incapaz de construirlo todo sobre la base de muerte, sufrimiento y confusión”.

Ana constituye estos valores en los puntos de fuga de su identidad, cuyo trazado proyecta desde la situación extrema en que se halla y a partir de su relación con los demás. En cuanto a esto último observamos que la presencia de los otros, la experiencia de la actuación de los más próximos y las noticias del proceder de los más lejanos, complementan y fortalecen los referentes valóricos de su comportamiento.

Una primera oposición se establece entre quienes amenazan a los refugiados y quienes los protegen en una actitud y disposición que Ana admira por su valentía, humanismo y lealtad. Es en estos términos como contrasta, con significación de ejemplo y contra-ejemplo, la ayuda que le brindan día a día sus amigos holandeses y la esperanza que deviene del avance victorioso de los aliados, con la ferocidad nacionalsocialista, representada por los alemanes y sus colaboradores. Ella postula que “todos vivimos con la meta de ser felices”, razón por la cual anhela “que termine esta horrible guerra [y que] todos volvamos a ser hombres y mujeres y no sólo judíos” (a 775: 6 de julio de 1944 y a 683: 9 de abril de 1944, respectivamente). Piensa que algún día volverán al mundo el orden, la tranquilidad y la paz, pero también sabe que los responsables de la guerra no son únicamente los poderosos, sino que “al hombre de la calle también le gusta hacerla”, y que será difícil alcanzar la dicha en un mundo en que “los ideales, los sueños y las bellas expectativas (...) pronto son alcanzados y completamente destruidos por una horrorosa realidad” (a 713: 3 de mayo de 1944 y a 786: 15 de julio de 1944, respectivamente).

Las relaciones de Ana con los otros refugiados están marcadas, en parte, por los conflictos entre los habitantes del escondite, exacerbados por el encierro y el hacinamiento y, en parte, por diferencias de carácter y tensiones de origen generacional. Expresión de esto último son las dificultades y reiteradas disputas que tiene con su madre, de la cual afirma que no le ofrece el apoyo y la comprensión que tanto necesita, que la trata injustamente y cuya vida representa todo lo que Ana rechaza. Una y otra vez se lamenta de su falta de sensibilidad e indiscreción: “Mi madre se preocupa mucho de mi”, escribe el 27 de febrero de 1944, “pero carece de toda delicadeza y de intuición materna” (a 574), critica que los adultos le nieguen a los jóvenes el derecho a opinar, y rechaza la forma sumisa en que su madre acepta el rol que la sociedad le asigna a la mujer. Ana enfatiza que “la mujer moderna quiere tener el derecho a su plena independencia”, que ella, Ana, no desea vivir como su madre, y que “debe alcanzarse el reconocimiento [de los méritos] de la mujer” (a 768: 13 de junio de 1944). Con todo, mientras desestima el ejemplo y los reproches de su madre y las críticas y el modelo de los otros refugiados, admira a su padre (y después también a su hermana Margot) por su abnegación y bondad. Sin embargo, no por eso duda en denunciar cierta falsedad en las relaciones familiares debidas a que sus padres, antes que de preocuparse por *ella* y de comprender *sus* problemas, le brindan caricias y comentarios de orden general: “Yo no quería oír hablar de ‘edad del pavo’, de ‘otras muchachas’ y de que ‘ello ya pasará’; yo no quería ser tratada como una muchacha-igual-que-las-otras, sino única y exclusivamente como Ana-tal-cual-es” (a 783: 15 de julio de 1944).

No cabe duda que su amistad con Peter se explica desde esta sensación de una permanente incompreensión. Ana demuestra que tiene perfecta conciencia de esta realidad, cuando confiesa que “lo idealicé viéndolo sensible y amable, como un muchacho que necesitaba amistad y amor. Había llegado al punto en que necesitaba a alguien con quien compartir mis sentimientos, un amigo que me apoyara en el camino que debía seguir” (a 784: 15 de julio de 1944).

## LA CONCEPCION DEL LECTOR

La evolución de la estructura comunicativa del *Diario* de Ana explicita el carácter fundamentalmente dialógico de esta forma de composición. Claro



está que se trata de un diálogo interiorizado, es decir, de un soliloquio, de una conversación de Ana consigo misma, que se actualiza a través de la escritura. Ana enfatiza esta característica desde el momento en que avanza hacia la concepción de un diario epistolar en el cual termina desdoblándose en destinatario y destinatario cuando crea, desde su aislamiento, la imagen de su amiga y receptora de las cartas: “Para intensificar en mi fantasía la representación de la amiga que desde hace tiempo deseo tener, no anotaré, como lo hacen todos, simplemente los hechos en mi *Diario*, sino dejaré que este *Diario* sea mi amiga, y esta amiga se llama Kitty” (b 221: 20 de junio de 1942). Porque esta confidente que ella requiere para compartir con alguien sus angustias, sufrimientos y alegrías es *ella misma*, que se modela al otro ausente desde una situación monológica que, en cuanto escenario de lucha íntima, señala su soledad. Kitty es, pues, la única y permanente interlocutora de Ana, y ambas son manifestaciones de la *Ana íntima*, sensible, callada, triste y huidiza, y no de la otra, locuaz, alegre, ruidosa y agresiva, como se presenta *Ana en sociedad*.

Sin embargo, Kitty no es sólo la confidente de Ana, sino también la instancia que critica y valora sus acciones, tanto en lo estético como en lo moral. Por eso teme aburrir a Kitty, y se excusa ante ella por su, en ocasiones, descuidada manera de escribir: “Deseo disculparme, Kitty, porque mi estilo está hoy por debajo de su nivel habitual” (a 628: 19 de marzo de 1944). Y esta misma sensibilidad crítica posee Ana con respecto a su relación y comportamiento con los demás. Ella sabe que el rasgo más relevante de su carácter es el conocimiento que tiene de sí misma, conciencia que le permite escribir con buenas razones, que “me he corregido yo misma, reconociendo mis errores y aprendiendo de ellos” (a 782: 15 de julio de 1944) y que esta percepción crítica de su quehacer ético y estético no la abandona jamás.

Pero con relación al *Diario* de Ana también podemos hablar del *lector implícito* en cuanto estructura inscrita en el texto, que preorienta en el lector real los actos de su recepción<sup>11</sup>. Ana reclama un lector que construya un horizonte de referencias para las diferentes perspectivas –la voz de Ana, los acontecimientos, los protagonistas y Kitty, en cuanto ficción de lector– que lo conforman, y en cuyo contexto se pueda desplegar y pluralizar, con la

<sup>11</sup>Consúltese Iser, 1987.

conurrencia de todas ellas, el sentido del *Diario* en plenitud. En el presente estudio postulamos que ese horizonte lo aporta la actividad misma de la composición del texto, porque es gracias a ese *proceso de escritura contra el sufrimiento y la muerte*, que descubre Ana la vida, es decir, los riesgos y goces del devenir de su identidad.

El *Diario* de Ana revela, en sus dos versiones primigenias, distintos *grados de destinación*<sup>12</sup>. Es así como observamos, en la primera redacción de las notas sólo destinada para Ana, la transformación de la *autodestinación* en *pseudodestinación*, mientras que en la segunda versión, destinada a la publicación, podemos hablar de una *destinación ilimitada y universal*. Kitty se constituye en estos procesos, primero, en intercesor entre la soledad y el aislamiento de Ana y su imperiosa necesidad de compañía e intimidad: “Pero si es así”, escribe el 12 de marzo de 1944, “que a ti te digo todo cuanto me pasa en el corazón” (b 602). Este intercesor cambia de función en la segunda versión del *Diario*, en el cual cumple Kitty el rol de intercesor entre Ana y los otros, a los cuales entrega de esta manera la imagen del lector que ella prevé para su texto.

Entre las cualidades que Ana le asigna a Kitty destacan la discreción, sensibilidad y comprensión, que echa de menos en los habitantes adultos del anexo: “A nadie en el mundo le he contado más sobre mí y mis sentimientos que a ti” (a 623: 18 de marzo de 1944). Ella se esfuerza por crear escribiendo una atmósfera de amistad que pueda brindarle la sensación de sinceridad, llaneza e intimidad que necesita para sobrevivir, y espera hallar en Kitty apoyo, criterio y tolerancia para sus esfuerzos por “querer ser distinta a como soy” (b 373: 28 de noviembre de 1943). En cuanto evocación del lector previsto, intercesor primero entre Ana y Ana y, después, entre Ana y el público, se constituye Kitty en la necesaria contraparte que necesita Ana en la ejecución de su proyecto de escribir para la felicidad y la vida, y contra la muerte y el dolor: “Cuando escribo, me libero de todo, mi pena desaparece y mi fuerza renace” (a 670: 5 de abril de 1944).

No obstante, para el lector real se combinan esas exigencias del texto con su experiencia histórica y disposición individual. Ambos momentos configuran el trasfondo ante el cual se percibe el *Diario*, se le interpreta y avanza en su comprensión. Lo anterior nos explica el hondo impacto que causa su

<sup>12</sup>Rousset, 1983.



lectura, por cuanto *sabemos*, mientras asumimos el rol que Ana nos asigna, que ella ha muerto. Doblamos las páginas, y *sabemos* que cada día se acerca más el día de su descubrimiento y deportación. Leemos de sus esperanzas —el 21 de julio de 1944 escribe, dichosa, que “ahora me vuelvo esperanzada, ahora, finalmente, las cosas marchan bien” (a 787)— y *sabemos* que dos semanas más tarde será detenida por la SS. Compartimos sus planes y proyectos para después de la guerra, y *sabemos* que para entonces ya habrá muerto bajo condiciones de horrorosa crueldad. El conocimiento histórico del lector real anticipa el desenlace de la vida de Ana, de manera que no podemos avanzar en la lectura cumpliendo el papel de Kitty, sin experimentar una creciente angustia y una intensa piedad.

## EPILOGO

Las notas epistolares de Ana se interrumpen con la carta que escribe el 1 de agosto de 1944. Tres días más tarde, debido a una delación, cuyo autor nunca pudo ser identificado, descubre el SD<sup>13</sup> el escondite, y lleva a los refugiados, primero, al Cuartel general de la SS y, después, a la Cárcel de Weteringschans. Al día siguiente los envían en tránsito al Campamento de Westerbork y un mes más tarde, con el último transporte que sale de Holanda con ese destino, al Campo de concentración de Auschwitz. Aquí el grupo es separado y dispersado: *Auguste van Pels*, *Peter* y el *Dr. Pfeffer* vuelven a Alemania y Austria, y mueren asesinados en los Campos de Theresienstadt, Mauthausen y Neuengamme, respectivamente. El *Señor van Pels* perece en las cámaras de gas, presumiblemente el día de su llegada a Auschwitz, y la *madre de Ana* fallece, en enero de 1945, por inanición.

¿Y Ana?

Antes de morir, padece todos los procedimientos ideados por la SS para destruir la identidad de las personas y convertirlas en marionetas fantasmales, en cadáveres vivientes<sup>14</sup>. Tiene que soportar la tortura de los dos días de viaje hacinada en espantosas condiciones con hasta cien

<sup>13</sup>Sigla proveniente del alemán *SicherheitsDienst*, servicio de seguridad.

<sup>14</sup>Arendt, 1986.

detenidos en un vagón de ganado. Conoce los horrores de la llegada a Auschwitz: las llamas, los gritos, los golpes, la pestilencia ambiente, las luces enceguedoras, las órdenes y los latigazos. Después de la selección en la rampa sufre los vejámenes de la desnudez pública, el corte de pelo, la impudicia de la rasuración corporal, el tatuaje del número de prisionero en el brazo izquierdo y la grotesca vestimenta penitenciaria. Sabemos que Ana y su hermana Margot se contagian en Auschwitz de sarna, que son aisladas, que pasan por una nueva selección y que las transportan al Campo de concentración de Bergen-Belsen en Alemania.

Uno de los últimos, si no el último testimonio sobre Ana, se lo debemos a su amiga *Lies (Hanneli) Goslar*, que nombra en su *Diario* imaginándola, en su tribulación y angustia, apresada en alguno de los campos de concentración. Ahora, en Bergen-Belsen se encuentra realmente con ella, y Lies nos informa que la halló cambiada y profundamente desesperada: “Esa no era la Ana que yo había conocido. Era una niña quebrantada. Posiblemente, yo también era así, pero fue horrible. Inmediatamente comenzó a llorar y me contó: ‘Ya no tengo padres’. (...) Después dijo: ‘No tenemos nada que comer, casi nada, padecemos frío, no tenemos ropa, y yo estoy muy demacrada, y me han decalvado’”<sup>15</sup>. Ana muere, tal como su hermana (aunque, presumiblemente, algunos días más tarde), extenuada, debilitada y sin saber que su padre vivía, de fiebre tifoidea, hacia fines de marzo de 1945.

Es propósito de la presente exposición recuperar la dimensión humana del holocausto, que tiende a perderse tras la cuantificación estadística del horror. Porque decimos con facilidad que los nacionalsocialistas asesinaron a millones de seres humanos por el hecho de haber nacido, cuando debería secársenos la lengua de espanto. Igualmente, constatamos que entre sus víctimas se encuentran un millón de jóvenes y niños, cuando deberíamos paralizarnos de consternación. Y discutimos si fueron seis o siete millones los judíos asesinados, cuando deberíamos callar aterrados por la infamia cometida en nombre de una ideología insana, perversa y extraviada.

Estimamos, por eso, que sólo cuando veamos asomarse tras las cifras la imagen de Ana, cuando recordemos su anhelo de vivir, su esfuerzo por

<sup>15</sup>Lindwer, 1997: 48 s.



resistir al terror, descubriendo en la escritura de su *Diario* el devenir de su identidad, cuando evoquemos, junto a su alegre ingenuidad, su intelecto exigente y fina sensibilidad moral, pensamos que *sólo entonces* podremos hacernos una idea de las atrocidades de que fue víctima el pueblo judío y en el pueblo judío, *toda* la humanidad. Y, posiblemente, lograremos comprender entonces el carácter repugnante, vil y diabólico del crimen cometido que destruía en estos jóvenes y niños la fuente misma de la vida, del progreso, de la esperanza, de la cultura, del desarrollo espiritual.

Sin embargo, mientras más nos envuelve la violencia y el terror del *totalitarismo* en su expresión nacionalsocialista, tanto y más fuerte escuchamos la voz de Ana, cuando nos escribe que

me aferro a mis esperanzas, porque soy incapaz de construir sobre la base de la muerte, el sufrimiento y la confusión, porque, a pesar de todo, *creo en la bondad innata de los seres humanos* (a 786: 15 de julio de 1944).

#### REFERENCIAS

FRANK, ANA.

1993: Niederländisches Staatliches Institut für Kriegsdokumentation, *Die Tagebücher der Anne Frank*. Vollständige, textkritische, kommentierte Ausgabe mit 110 Abbildungen und Dokumenten. S. FISCHER VERLAG. Frankfurt am Main.

1998: *Geschichten und Ereignisse aus dem Hinterhaus*. Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt am Main.

ARENDT, HANNAH.

1986: *Elemente und Ursprünge totalitärer Herrschaft*. R. Piper Verlag München.

1996: *Macht und Gewalt*. Piper Verlag München.

DWORK, DEBORAH.

1994: *Kinder mit dem gelben Stern. Europa 1933 - 1945*. Verlag C:H: Beck München.

FRONDIZI, RISIERI.

1995: *¿Qué son los valores? Introducción a la axiología*. México, FCE.

ISER, WOLFGANG.

1976: *Der Akt des Lesens*. Wilhelm Fink Verlag München.

JASPERS, KARL.

1960: *Psychologie der Weltanschauungen*. Berlin, Springer-Verlag.

JURGENSEN, MANFRED.

1979: *Das fiktionale Ich. Untersuchungen zum Tagebuch*. Francke Verlag Bern und München.

KORTHALS-ALTES, ELISABETH.

1986: "Normes et valeurs dans le récit", en: *Revue de Sciences Humaines*, LXXII, 201, Paris, pp. 35-47.

LINDWER, WILLY.

1997: *Anne Frank. Die letzten sieben Monate. Augenzeuginnen berichten*. Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt am Main.

MAY, GEORGES.

1982: *La autobiografía*. México, FCE.

MULLER, MELISSA.

1998: *Das Mädchen Anne Frank. Eine Biographie*. München, Claassen Verlag.

PISZKALSKI, HENRY J.

1980: *The Personality of Anne Frank in the Light of Theory of "Extreme Situations" by Karl Jaspers*. Washington, The Catholic University of America.

PRESSLER, MIRJAM.

1998: *Ich sehne mich so. Die Lebensgeschichte der Anne Frank*. Beltz Verlag, Weinheim und Basel.

ROUSSET, JEAN.

1983: "Le journal intime, texte sans destinataire?", en: *Poétique* 56, Paris, pp. 435-443.

SCHNAVEL, ERNST.

1997: *Anne Frank. Spur eines Kindes. Ein Bericht*. Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt am Main.

YAHIL, LENI.

1998: *Die Shoah. Überlebenskampf und Vernichtung der europäischen Juden*. Luchetrhand Verlag München.

VV.AA.

1983: "Récits de vie", en: *Revue de Sciences Humaines*, LXII, 191, Paris.

1994: *Anatomie des SS-Staates*. Deutscher Taschenbuch Verlag München.